

POESÍA Y COMPROMISO

Juan José Téllez Rubio

¿Y tú me lo preguntas? Poesía son los nombres de los reyes sobre los muros de Tebas, la de las siete puertas. ¿Quién te construyó? ¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra? La palabra de la vida sobre el altar de la muerte, epigramas de Catulo y de Marcial, mientras un emperador idiota hace sonar las fauces de su lira frente a la ciudad eterna a la que ha prendido fuego. Poesía es Ovidio desterrado al Ponto Euxino, escribiendo Tristia frente a un mar muerto y congelado, exiliado por el albur de que sea inmoral el arte de amar: “Mis costumbres, créeme, están lejos de mi obra. Mi vida es pudorosa, mi musa alegre”. El poeta es un fingidor, me confesó una vez Fernando Pessoa, en la puerta del café La Brasileira. “Se torea como se es”, le escupió, sin embargo, José Bergamín, que traía del brazo a Rafael de Paula. Bertolt Brecht detiene sus rimas a mitad de un poema porque se ha dado cuenta de que nadie va a pagar un céntimo por sus molestias. Los sonetos bajaron esta noche seis enteros en el índice Nikkei. No se llevan las sextinas esta temporada. Es hora de lanzar una opa hostil contra las églogas, contra el arte menor y contra los ripios salvo que sean raperos. En el parqué de los concursos y entre los brokers de los suplementos, los poetas dejaron de hablar de estética para convertirse en contables financieros. ¿Cuánto vale cada alejandrino en un concurso, a cuánto está el cambio de los endecasílabos, quién no mataría aunque fuere por una nota a pie de página? Mientras haya enojos por las antologías, habrá poesía.

En la vida real, el poder es de las tinieblas, de los manijeros de las trasnacionales, de los oscuros señores de las mitras, de los tahúres de la banca y de los gobiernos que creen que gobiernan. Sin embargo, en una rara secta veneran a los bardos, a los que Platón expulsó de la república,

aquellos que son unos perfectos don nadie en la cola de los supermercados. Los héroes de la poesía nunca firmarán autógrafos ni llenarán estadios pero está científicamente demostrado que a veces –tan sólo a veces-- lograron llenar los corazones. Muchos otros se pelearán, sin embargo, por las migajas de un congreso, por la esquina de una revista digital, por una invitación a leer en la universidad de Seattle. Desde las tribunas dirán, con tono opulento y con gesto aparente, que su dignidad no tiene precio y que su literatura no obedecerá nunca a las leyes del mercado.

(...)

¿Y tú me lo preguntas? Poesía son ellos. Los turcos tomaron Constantinopla y esa tarde fue incendio de rimas y leyendas, de arcanos saberes y narraciones sin rumbo. Cuanto 451 grados Fahrenheit en cada Cisneros, en todas las noches de los cristales rotos. José Luis Cano cambiaba por cigarrillos las revistas “Cruz y Raya” con la que la soldadesca de Franco se calentaba en el frente de Córdoba. Gaudeamus igitur, en la larga noche de los libros que crepitan entre llamas, cuando Almanzor escribe poemas con una mano y con la otra, para congraciarse con los jueces y con los golpistas, arroja a la hoguera los libros que Al-hakam II atesoró en la biblioteca de Córdoba. Poesía son las cuatro paredes húmedas de los conventos donde un monje transcribe a Aristóteles con la misma pericia que los escribas egipcios relataban las hazañas de sus faraones o con la reverencia que aquellos ciegos que recorrían la Ática y declamaban de memoria los hexámetros de la guerra de Troya o de los viajes de Ulises. La poesía es el viaje, no es Ítaca, viejo hermoso Constantín Cavafis, en la taberna del mar de Walt Whitman. Es una goleta al viento con un marino de Malta y una ballena que arrastra al capitán Ahab.